



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 31 DE ENERO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## Jardines de piedras y rosas

BARDA DE PIEDRA DE LAJA

OLGA DE LEÓN G.

Con cariño, para Bebe.

-Corre Pepeyayo, corre con todas tus fuerzas. Ándale, no te alcanzará la pelota. ¡Ya se les cayó!, vete a segunda... Gritaba Bebe desde la terraza de su casa ¡Eso, amigo; bien hecho!, añadió Rubén, su novio. Y el niño, todo tambaleante, y exhausto de alegría, que no de cansancio ni dolor, reía haciendo sus muecas características. Mientras, los de su equipo festejaban la maniobra.

-Pepeyayo no jugaba con sus hermanos sino con el equipo estrella, el de los vecinos de enfrente. Era el final de la primavera, la calle principal de la colonia Los Naranjos se volvía un polvorín de chicos, niños y adolescentes, los que, llegado el calor próximo al verano, lucían sus artes en el juego de pelota. Y en los encantados, las niñas, sus piernas en shorts. No había complejos ni críticas, ni expresiones molestas o groserías para nadie. Más o menos bonitas, más o menos guapos, todos eran iguales. O, así se sentían niños y adolescentes, en esos tiempos del Rock, el Twist y los danzones y músicas de salón, vals y de las orquestas famosas como la de Glenn Miller.

En la casa de los dueños de la colonia, entre el jardín y la entrada principal a la casa, había una barda baja de piedra de laja, suficientemente cómoda como para que se sentaran a tomar el fresco, disfrutar alguna paleta helada o simplemente platicar, las jóvenes mayores en edad de "noviar". Allí, solía sentarse con su novio, la hija menor de la familia, Bebe, y ambos gozaban viendo jugar al béisbol, a los niños y adolescentes del barrio, disfrutaban de verlos y escucharlos disputarse una buena o mala jugada, corregir la anotación o exigir que se les tomara por buena.

Años más tarde se empezaría la construcción del Casino, edificio que serviría para todo tipo de festividad: concursos de disfraces, juegos de ajedrez, de ping pong, de raqueta y bailes para celebrar quince años, graduaciones, coronación de princesas y embajadoras de los diferentes clubes, y más...

Hoy, vuelta a la realidad de este siglo XXI, hace cuatro días fue un día muy triste para la gente de ese pueblo, donde viví con mis padres de niña, adolescente y parte de mi juventud. Y lo fue para muchas personas que, aunque ya no arraigadas allá sino en distintas partes del país y del mundo, conocieron de la gran obra humanitaria que muchos años después ya casada, aquella adolescente que veía jugar béisbol a los vecinos de la cuadra, realizaría. Y en sus inicios, Bebe, en esa carrera que emprendiera para darle calidad de vida a su hijita mayor, sembró una semilla que muchos vieron con gran admiración y



reconocimiento, por su amor, y entrega en cuerpo y alma para ayudar al que más lo necesita. ¡Quién mejor ejemplo de amor, pureza e inocencia, que los niños Down!

Sé que su partida cimbró de luto y tristeza los corazones de la familia y amigos. Pero, aunque no me lo crean, quizá porque no soy ejemplo de fervorosa creyente pudieran dudar, me consta que el cielo se vistió de gala para recibirla. Esta pandemia ha ido sembrando y repoblando el cielo, con muchos corazones buenos y fantásticas inteligencias que tejerán redes maravillosas para rescatar a los débiles de corazón. Que, ¿cómo lo sé? Porque todas las noches, desde su partida de este prosaico mundo, veo a mis padres. Una noche me visita mi madre, otra mi padre, a veces la tía Lola.

Y desde esa mañana, en la que la Bebe partió, entre las nubes se destacaban colores brillantes: amarillos, rojos, azules y el blanco más blanco que nunca antes había visto, lucía en todas las nubes del cielo, por acá en el Norte. La noche después de mi último sueño, supe por mi madre, que la hijita de Bebe vestida de ángel, recibió al lado de San Pedro a su adorada mamá.

El cielo viste de gala para recibir a los nobles de corazón. Descansen en Paz, amados amigos de mi infancia.

EL ANHELO DE LA ROSA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Antes de llamarse Adela, su nombre fue Lucas. Y cuando era Lucas, delgado y frágil, solo soñaba con llegar a ser Adela. Siempre tuvo cuidado especial

para que nadie notara el vello que le crecía en el cuerpo. Lo detestaba y le temía como si fuera una plaga capaz de comerlo. Lo hacía llorar como niña que ha roto su vestido rosa cayendo en un inmenso charco de lodo. Y a pesar de ello, en la adolescencia, nada lo animaba tanto como vestir pantalones entallados.

Aún era un chico de dieciséis años cuando conoció a Martín, y en aquel entonces, llegar a ser Adela seguía siendo solo un sueño. Aquel era un hombre casado y de treinta, pero Lucas, fulminado, se enamoró de él, como una rosa que, al ser cortada, no se desploma sobre el pasto del jardín, sino que se eleva en pequeños vuelos gracias a pétalos que aletean hasta alcanzar los cielos, sin mirar atrás, sin despedirse del rosal.

Durante sus dos años de enamoramiento, Lucas fue extendiendo en su mente la promesa de que él y Martín vivieran juntos, de que un día: Martín dejaría a su esposa por él. Y ambos comenzarían a compartir un sueño que les brillantaba el lecho cada vez que se encontraban en un cuarto de hotel: el cambio de sexo.

Cuando Lucas cumplió veintiuno, Martín le pagó el implante de senos. Luego verían juntos el tema de la cirugía para la reasignación sexual. Lucas deseaba sus pechos con sed de venganza contra la naturaleza, la que lo había pisoteado hasta entonces. Ya no pararía hasta llegar a ser una mujer transgénero.

El día que Lucas fue dado de alta en el hospital tras el trasplante, nadie de casa fue a verlo. Cruzó la puerta de vidrio de la clínica junto a Martín y tomaron un taxi que los llevó a casa del joven. Fue

recibido aún de mañana, con extremada sorpresa y desagrado, con la más grande vergüenza expresada en el rostro de su hermano mayor. Lucas quiso asfixiarse con un suspiro, pero se sostuvo del brazo de Martín. Con el pecho abultado, se dirigió muy despacio hasta su recámara, para luego recostarse. Nadie lo asistiría en su recuperación, excepto la madre cuando llegaba por las tardes del trabajo.

El enojo en la familia, del padre y el hermano, fue adquiriendo tonos cada vez más anchos: una voluminosa confrontación contra él, quien se mantenía todo el tiempo encerrado en su propio cuarto. Los gritos eran como los de zopilotes anhelando comida cuando mueren de hambre, y había portazos deseando estrellarse contra su rostro. "Una cosa es un maricón; pero, esto, otra", le gritó su padre, un día, desde el otro lado de la puerta. Hasta que el muro de madera que lo protegía se resquebrajó en dos. Lucas llamó por celular a Martín con lágrimas secas y el dolor acumulado en la erosión del desierto, pidiendo ayuda; pero Martín estaba: cada vez más distante.

Los encuentros de la pareja fueron haciéndose escasos. Lucas se encontraba totalmente recuperado, pero su nueva apariencia, contrario a lo que esperaba, le alejaba de Martín, quien le ofrecía excusas para no encontrarse. "Estaba tan acostumbrado a ti, como eras", trató de explicarle aquel, llorando. Y entonces los lamentos de Lucas se convertían en un torbellino de golpes que le rompían en la boca del estómago, y en el rostro y las mejillas: en los óvalos rojos que rogaban reventarse hacia adentro.

La separación de Martín fue inevitable y se concretó. El chico no insistió, pero sintiendo que aún le quedaba, de sí mismo, la mitad de su propio ser, comenzó a pasar las noches fuera de casa, convertido Adela. Poco a poco comenzó a reunir dinero, ganando clientes asiduos que la buscaban los fines de semana en las calles de la Zona Rosa. Cuando logró acumular treinta mil pesos, compró un boleto a Tijuana. Ahí se practicó la reasignación de sexo.

Aquí y ahora, Adela pasa días en cama. No se anima a regresar a la Ciudad de México. A Tijuana llegó con una colección de recortes que reunió de revistas de moda, los cuales pegó con resistol: en lo que era un viejo álbum de fotografías. Adela le comenta a la enfermera que a nadie ha admirado tanto, como a Ángela Ponce, Miss Universo España. De vez en cuando se queda en silencio y piensa, y le deja saber a la enfermera: que se pregunta: si para ser la mujer que es, que siempre ha sido, realmente era necesaria la cirugía. "Espera y disfruta la calma con esta taza de té: te calentará el alma, como el recuerdo de tus anhelos de juventud, que ahora has logrado".

**Concepción Arenal**

Escritora y activista social española (El Ferrol, 1820 - Vigo, 1893). Sorteando las dificultades que en su época se oponían al acceso de las mujeres a la universidad, Concepción Arenal estudió en Madrid derecho, sociología, historia, filosofía e idiomas (teniendo incluso que acudir a clase disfrazada de hombre).

Su primer libro fue la novela Historia de un corazón, y en 1851 publicó Fábulas en verso. Enviudó en 1855 y se retiró a Potes (Santander) con sus hijos, y más tarde a Galicia. Próxima al ideario de Karl Krause y de sus seguidores en España, como el influyente Francisco Giner de los Ríos, pronto fueron conocidas sus críticas a la injusticia social de su tiempo, fundamento de un reformismo social de raíz católica.

En 1862 publicó su Manual del visitador del preso, traducido a casi todos los idiomas europeos. En 1864 fue nombrada visitadora general de prisiones de mujeres. Colaboró con Fernando de Castro en el Ateneo Artístico y Literario de Señoras, precedente de posteriores iniciativas en pro de la educación de la mujer como medio para alcanzar la igualdad de derechos. Desarrolló una intensa actividad filantrópica.

Al mismo tiempo elaboró una amplia obra escrita, en la que reflexionaba sobre propuestas como la legitimidad de la guerra justa en defensa de los derechos humanos, la orientación del sistema penal hacia la reeducación de los delincuentes (El visitador del preso) o la intervención del Estado en favor de los desvalidos (La beneficencia, la filantropía y la caridad). Como penalista propuso una función educativa del sistema penitenciario que reformase al delincuente en lugar de castigarlo, siguiendo las ideas del reformador del derecho penal Pedro Dorado Montero.

Otros de sus estudios destacados son La instrucción del pueblo, La pena de deportación (premiadas por la Academia de Ciencias Morales y Políticas), Cartas a los delincuentes, Cartas a un obrero y a un señor, La condición de la mujer en España (publicada primeramente en inglés), El delito colectivo, etc.

De sus obras sobre la condición femenina sobresalen La mujer de su casa y La mujer del porvenir. En La mujer de su casa (1895), estudió los problemas a que debía enfrentarse la mujer española de su tiempo para ocupar digna y eficazmente el puesto en que la sociedad humana la necesita. Sostuvo que era una profunda y nefasta equivocación del hombre la de mantener el principio de que la mujer perfecta "no piensa más que en su casa, en su marido y en sus hijos". En La mujer del porvenir (1868), señaló la contradicciones en la consideración de la mujer ("Si la ley civil mira a la mujer como un ser inferior al hombre, moral e intelectualmente considerada, ¿por qué la ley criminal le impone iguales penas cuando delinque?"), combatió los prejuicios sobre la supuesta inferioridad fisiológica, moral e intelectual de la mujer y exploró las consecuencias de su acceso a la educación y al trabajo.

### ad pédem literae

Que nadie le diga lo que tiene que hacer a alguien que ya ha decidido cuál debe ser su destino

Proverbio árabe

### Letras de buen humor

Los animales son buenos amigos, no hacen preguntas y tampoco critican.

George Eliot

Mónica Lavín

## Lecturas para tiempos difíciles

Es cierto que la experiencia del arte en cualquiera de sus manifestaciones siempre ensancha el espíritu, enriquece el diálogo con lo sutil, aceita asombros y da un sentido más profundo a nuestra mortal existencia. En tiempos como los que estamos viviendo la necesidad del arte es mucho más evidente. Me queda muy claro mientras leo la novela-documento de Verónica Ortíz Lawrenz, publicada recientemente por Lectorum, Una decisión equivocada. Anita, la tía de la autora, nacida en Sonora pero enviada junto con sus hermanas a Alemania en 1938, es apresada al triunfo de los aliados por un guardia ruso que intenta abusar de ella. Al huir es acusada de espía. El periplo carcelero, injusto y vejatorio; el trato inhumano y la imposibilidad de demostrar su inocencia y ser enviada a México, calan hondo en el lector que ha sido advertido por la autora de las conversaciones con las que se documentó para poder elaborar este poderoso y desgarrador texto. Me detengo en el momento en que Anita escucha música en aquel campo de concentración nazi convertido en cárcel rusa: Una noche las llevaron a un amplio sótano adaptado como teatro. Fue una hermosa sorpresa,

Heinrich dirigía la obra y Bebel Macharoff, un rumano, era el director de orquesta. Los mismos presos actuaban y tocaban algunos instrumentos viejos y desafinados. "Verlos y escucharlos era como estar en el cielo", recordaba Anita. Pusieron Madame Butterfly. Esos fueron, en muchos tiempos, momentos de felicidad y tranquilidad. Conmueve el arropo de la música, el cobijo de la belleza, el respiro de dignidad pasajera devuelto a la joven de 17 años.

El consuelo del arte. Las lecturas que habitualmente hacemos han cobrado otra dimensión en estos tiempos pandémicos. Los libros han sido una compañía piel a piel. Si años anteriores me he propuesto hacer una bitácora para recordar lo leído en el año, cuando empieza el siguiente de alguna manera ya no recuerdo con precisión los títulos recorridos. Pero el 2020 ha fijado de otra manera las experiencias lectoras. Me doy cuenta que abundaron las escritoras.

El muy original Los errantes, a caballo entre el ensayo y los relatos, de Olga Tocarczuk, premio Nobel 2019; la orfandad en medio de la comprensión de la participación de Cuba en la guerra de Argelia en el entrañable El hijo del héroe



de la cubana Karla Suárez; Temporada de huracanes, violento y desolado, de Fernanda Melchor; Demasiado odio de Sara Sefchovich, el reverso de Demasiado amor, muchos años después en que la protagonista regresa a México, conoce y viaja con su amante-hijo de Apatzingán para reconocer, acostumbrarse y participar en la violencia irracional. Su lectura precedió a

La decisión equivocada de Ortíz Lawrenz y de alguna manera se encaran dos violencias al límite, dos oscuridades de guerras, con dos tonos y en dos

momentos históricos.

Imparto un curso virtual de lectura de cuentos a través de la Sociedad Artística Sinaloense y me doy cuenta de la capacidad que tienen ciertas piezas memorables para aterciopelar la incertidumbre, ofrecer resquicios de belleza frente a las cifras amenazantes de una pandemia que en nuestro país parece incontrolable. Pienso en Anita Lawrenz Tirado, cuya circunstancia me duele en los huesos, y estoy con ella mientras escucha ese trozo de concierto.

Sólo el arte puede mitigar el horror.